

con las muestras de la mas franca y cordial amistad.

Todos los siguientes dias me llevaba á esa casa, para que desde ántes de mi ingreso al colegio me intimase con la familia.

Las dos niñas vivian en su casa, mas los dos hombres estaban en el establecimiento en que iba yo á entrar: Arturo y Alfredo, he aquí los nombres de los dos sobrinos de D. Justo, el primero tenia once años, y el otro nueve; yo estaba en medio de ellos.

Llegó por fin el dia 12, y muy temprano me dirigí con D. Justo al colegio, éste se hallaba situado en uno de los puntos mas centrales y bellos de Venecia y era un grandioso establecimiento.

Penetramos en él, y nos dirigimos hácia el lugar en que se hallaba el Director. Era éste un hombre anciano y respetable; de semblante severo, pero en ese rostro notábase tambien una gran bondad, y á mí me simpatizó desde luego.

Cuando penetramos se levantó de su asiento, y viniendo hácia nosotros nos tendió amistosamente la mano, y luego dirigiéndose á D. Justo le dijo:

—¿Es éste el niño que me habia vd., ofrecido traer hoy?

—Si señor contestó mi protector.

Entónces el anciano me tomó de la mano y me preguntó viéndome con fijeza: ¿Cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Genaro, Señor.

—¿Cuántos años teneis?

—Tengo diez cumplidos.

—Sabeis ya leer, escribir, contar?

—No del todo señor.

—Estáis atrasado! ¿qué no os gusta el estudio?

Yo que me habia puesto colorado desde su primera pregunta, me corté extraordinariamente al escuchar esta última, y tartamudeando le contesté que sí era afecto á aprender todo.

—Pues entónces vamos á tener un buen colegial; me dijo sonriendo el anciano ¿no es cierto?

—Sí señor, asi lo deseo, le contesté.

—¡Oh! pues con esto me proporcionareis un positivo placer! añadió. Dirigiéndose despues á D. Justo, conversó con él un largo rato; en seguida quiso presentarme á todos los muchachos, para evitar sin duda que me recibiesen con burlas y risas. Me tomó de la mano y me llevó á las clases, manifestando con expresiones finas á todos los niños, que ya tenian un nuevo compañero; estos me saludaron con la cabeza, y volvieron á sentarse.

D. Justo llamó entonces á Arturo y Alfredo y me recomendó mucho con ellos, pidiéndoles me considerasen como su mejor amigo, etc.

Luego me rogó pasease yo un rato con ellos por los corredores, porque él tenía que hablar solo con el Director. Le obedecí, pero rogándole que viniera pronto á dedicarme sus últimos instantes permaneciendo á mi lado, y así me lo prometió.

Pasada una hora y viendo que no volvía, les propuce á mis amigos que fuésemos á buscarle.

Cuando entramos en el cuarto del Director no se hallaba con él.

—¿Dónde está D. Justo señor? me atrví á preguntarle.

El Director no me contestó, pero tendiéndome la mano, puso entre las mías un papel que decía así:

“Genaro, hijo mio:

Me voy sin despedirme de tí, porque me es imposible hacerlo. ¡Ahora conozco que te amo demasiado!

¡Dios te bendiga! ¡consuélate! pronto, según confío, volverás á verme

Tu pobre viejo.

JUSTO.”

La lectura de estas líneas trazadas por la mano benéfica de mi protector, me conmovió en extremo; sentí que las lágrimas se agolparon á mis ojos, y efectivamente las derramaba con profusión!

El buen anciano Director trataba en vano de consolarme: los consuelos no llegan al corazón cuando es muy fuerte el sufrimiento! ¡el mio lo era demasiado!

Arturo y Alfredo comenzaron desde entonces á ejercer sus oficios de amistad, tratando de enjugar mis lágrimas y de calmar mi dolor; pero tan poco lo lograban, y yo no sé lo que habría sido de mí, si en esos momentos no me hubiese mandado el anciano Director que entrara á la clase.

Verdad es que yo pedí permiso para no entrar en todo ese día, mas el Director poniéndose serio me dijo:

—Aquí no se pierde el tiempo, Genaro, entra pronto al estudio.

Esto me hizo un bien inmenso, así lo he conocido despues; porque estando en la clase logré distraerme algo de la terrible impresion que la partida de D. Justo habia dejado en mí.

Tuve que enjugar mis lágrimas, y como mis amigos me advirtieron que era preciso que yo

pusiese un inmenso cuidado en todo, para poder luego estudiar, tuve que hacer grandes esfuerzos por lograrlo, y esto me fué muy benéfico.

Sin embargo, en los ratos en que faltaban á mi imaginacion motivos de distraccion, la imagen de D. Justo se presentaba á mi mente, y mil veces las lágrimas vinieron á marcar el justo pesar que me agobiaba.

Mis sufrimientos no tenian nada de extraño, muy naturales eran, así la comprendian todos ...

Llegó la hora del almuerzo; la campana anunció que era preciso ir pronto al comedor, y mis dos amiguitos así me lo dijeron.

No tenia yo apetito ninguno, pero era preciso no comenzar desde luego con faltas imprudentes, y fui á la mesa. Noté entre los otros muchachos algunas burlas y conversaciones de doble sentido. Una que otra vez observaba que Arturo les contestaba furioso, poniéndose encendido de cólera.

Yo que á nada de esto me encontraba acostumbrado, sentia impresiones muy fuertes, y me hallaba como fuera de mi centro, al lado de aquella multitud tan extraña para mí.

Mientras comiamos conté cuántos muchachos eran; me pareció que no pasaban de cien, pero

entre ellos habia algunos más grandes, y otros aún más pequeños que yo.

Cuando concluyó la comida se siguió el recreo, durante el cual cada uno era libre para ocuparse en lo que más le agradare.

Despues volvimos á entrar á las clases, y entonces tuve el sentimiento de verme algunas veces solo sin mis amigos, pues Arturo y Alfredo concurrían, como más adelantados, á otras clases, y esto me causaba mucha tristeza, al propio tiempo que producía en mí el ahinco de dedicarme con empeño al estudio para poder tener pronto el gusto de acompañarlos á las mismas clases.

Los estudios duraban hasta las seis de la tarde; á esa hora teniamos nuevo recreo hasta las siete; yo aprovechaba ese tiempo para estar con Arturo y Alfredo, y como algunas veces estaban acompañados de otros alumnos, me presentaban con ellos.

Despues de los cumplimientos de costumbre, tomamos todos asiento, y comenzaron á hacer las siguientes preguntas que me mortificaron bastante.

—¿Qué viene vd. á seguir aquí una carrera completa?

—Sí, contesté.

—¿Cuál?

- La de las leyes.
- ¿Es decir que vd. piensa ser abogado?
- Justo.
- Como yo, dijo Arturo.
- Como yo tambien, dijo el que me hablaba.
- ¿Y vd., pregunté yo entonces á Alfredo, qué carrera seguirá?
- Seré médico, me contestó mi amigo con resolución.
- ¡Oh! es una buena carrera esa, exclamé yo.
- Sí, á mí me gusta sobre todas, añadió Alfredo.
- Hubo un momento de silencio, y en seguida Arturo tomando la palabra me preguntó:
- ¿Por qué no vino á dejar á vd. su papá al colegio? Es tan natural que sean los mismos padres los que vengan á dejar aquí á sus hijos; mi papá así lo hizo.
- Y el mio lo mismo, añadió otro.
- Y el mio, replicó un tercero.
- Quizás su papá esté enfermo, dijo entonces Alfredo, y en ese caso, ¿qué mejor disculpa?
- Por eso lo recomendó sin duda á nuestro tío.
- ¿Esta enfermo el señor padre de vd? me preguntó Arturo.
- Yo estaba encendido, lleno de pena, ¡mis an-

gustias comensaban demasiado pronto!..... Pero haciéndome un esfuerzo supremo, contesté:

—No; ¡mi padre quizás ya no existe! ¡No le he conocido! ¡No he tenido esa dicha!

Las lágrimas embargaron mi voz, y cubriéndome el rostro con ambas manos, comencé á llorar..... ¡Tiempo hacia que necesitaba yo este desahogo.....

Muchísimo se affigieron mis amigos al ver mi llanto, y aún algunos muchachos se acercaron á mí entonces, viéndome fijamente.

Alfredo que sin duda tenia un corazon muy tierno, me estrechó contra su pecho, colocó mi cabeza sobre su corazon, y comenzó á consolarme:

—No llore vd., amigo mio. me decia con un acento cariñoso, ha sido una imprudencia provocar un recuerdo tan vivo, pero cálmese vd., no lo volveremos á hacer más.

Me costó algun trabajo secar mis lágrimas, mas lo logré al fin. Ya la conversacion entró entonces en otro terreno, de manera que por aquella vez no pasó adelante.

Quando hubieron dado las siete, tocaron á la colacion, ésta duró media hora; de las siete y media á las ocho, nos fuimos todos al Oratorio, donde rezó el rosario. De las ocho á las nueve, tiempo libre; el que queria, se acostaba, el que no

conversaba, estudiaba, leía, ó se ocupaba en juegos de salon.

A mí me invitaron mis amigos á jugar, pero yo no sabia ningun juego, y así se los manifesté con franqueza. Entónces ellos me prometieron enseñarme, y en efecto, esa misma noche aprendí uno ó dos.

A las nueve en punto nos trasladamos todos á los dormitorios, guardando el mayor silencio. Poco despues todos dormian profundamente, excepto yo que permanecí en vela hasta las doce de la noche, porque mi cabeza era un volcan, y mil distintas ideas se sucedian en ella.

La imágen de D. Justo, sobre todo, y el infortunio de no tener padres, me tuvieron lleno de angustia y de tristeza. Al fin logré dormirme; tenia necesidad de ese descanso. ¡Oh! demasiado fuertes habian sido las impresiones que habia recibido durante el dia! ¡Mucho habia yo trabajado con el pensamiento!

Me consideraba como el mas desventurado de los hombres, puesto que no tenia un nombre!..... un padre!..... una madre!.....

Al llegar aquí cerramos la cartera, y reflexionamos sobre lo que habiamos leído.

Al siguiente dia muy de mañana abandonamos

el lecho: teniamos que visitar tantas cosas, que temiamos nos faltase el tiempo para recorrerlo todo.

A las nueve de la mañana estábamos ya listas, y subíamos en los carruajes que nos debian conducir. Despues de algun tiempo de camino, nos detuvimos ante un punto del hermoso rio, ó bien sea el Támesis; bajamos de los carruajes y penetramos en una amplia y hermosa rotonda, donde nos detuvimos un buen rato.

Se nos preparaba allí una gran sorpresa, íbamos á visitar una de las cosas mas notables de Lóndres; quizás en aquel tiempo la única en su género.

Nos hallábamos á la entrada del túnel, practicado bajo de las aguas del rio; esta obra sumamente notable, fué comenzada en 1825; se suspendieron los trabajos á causa de una inundacion, y continuados despues, fué concluida el 25 de Marzo de 1843. Su costo montó á 614,000 libras. Comunica este túnel que se halla en el fondo de las aguas, los barrios de Wapping situado al Norte, y el de Rotherhithe al Sur. Se baja á él por unas escaleras circulares, formadas en unas torres cilíndricas; en una de éstas nos hallábamos, cuando conducidas por un guía comenzamos á bajar la escalera que debia llevarnos al túnel.

Después de descender como cien escalones, nos detuvimos un instante al pié de ella, y nuestra vista se perdió en dos largas y espaciosas galerías abovedadas, que se extendían en línea recta, causándonos positiva admiración.

Llenas de contento penetramos en ellas y comenzamos á recorrerlas; nos hallábamnos bajo del agua, y los buques y vapores navegaban sobre nosotros. ¡Hasta dónde ha llegado el ingenio del hombre! ¡Cuánto vuelo ha tomado la audacia humana!.....

Poseídas de estas reflexiones, íbamos abanzando por aquel recinto de 1,200 piés de largo, sobre 35 de ancho, y 22 de alto.

Tenia un aspecto sombrío é imponente, á pesar de la luz que se disfruta en él, sus muros son de piedra, sus bóvedas de ladrillo; el espesor de tierra que media entre ésta y el techo de las aguas del Támesis, es de 15 piés: pero se nota tal solidez y seguridad en la construcción, que al verla no pudimos ménos de conocer que fué una obra verdaderamente genial y de gran mérito, la del célebre é inmortal Brunel.

Ambas galerías se hallan comunicadas por una arcada imponente, y se ven divididas de una y otra parte; en sus muros se ostentan grabados y hermosos paisajes; en las pilastras que sostienen

los arcos, hállanse unas mesitas con varias mercancías; en una de ellas nos acercamos y compramos la vista interior y exterior de lo que en aquel instante visitamos.

Tan solo á pié puede entrarse en el túnel; está iluminado con gas, y hay en él siempre un número inmenso de extraujeros, porque es imposible estar en Lóndres sin visitar el túnel del Támesis, como una de las cosas mas notables que encierra esta ciudad.

Como una hora seria lo que permanecimos en el fondo del rio recorriendo las espaciosas galerías; respírase allí un aire húmedo y frio, y el corazón se oprime ante la soledad y el silencio que reina en aquel sitio; así es que cuando subiendo las escaleras nos encontramos de nuevo al aire libre, y gozando de la claridad del dia, se ensanchó nuestro espíritu, y huyeron de nosotras las ideas lúgubres y sombrías que poco ántes nos ocupaban.

Sin embargo, nuestra visita al túnel de Lóndres, nos habia sorprendido y agradado en extremo; así es que estabamos realmente contentas y satisfechas cuando tomamos de nuevo los carruajes para continuar nuestros paseos y correrías.

Serian las diez y media de la mañana, cuando nos separamos del Támesis para ir al Palacio de

crystal, que es tambien una de las cosas que con mas justicia llaman la atencion en Lóndres.

Este palacio se encuentra situado sobre una colina, detras de Sydenham, y tiene con muy justa razon el nombre de *octavo prodigio del mundo*.

El carruaje nos dejó en la estacion, donde tomamos el ferrocarril en el que se tiene uno que trasladar.

El camino nos hizo gozar de hermosos panoramas; pero sobre todo cuando el tren se detuvo ante el palacio, fué inmenso nuestro asombro.

Este hermosísimo edificio, cuya fachada tiene 3,000 piés de largo, y que domina el gracioso país, es el palacio de cristal de Uydepak, hoy resucitado y engrandecido considerablemente.

Está situado en medio de deliciosos paseos creados como por encanto por Paxton. En el interior hay tambien un magnífico jardin, en el cual los hombres, plantas y animales de todas las zonas, se hallan representados.

Notamos desde luego en el lado izquierdo una hermosísima fuente de cristal, rodeada de grupos célebres de mármol.

El conjunto es una de las obras mas maravillosas y grandiosas que se han ejecutado; ella tiene por objeto dar una idea de la creacion del hombre, con sus usos y costumbres, habitaciones, ciu-

dades, etc., y esto, como se comprenderá, es bellísimo: Ménphis, Pompeya, los prodigios de Egipto, los monumentos antiguos y modernos de Italia, los animales y plantas antediluvianas, etc., en fin, la historia completa de la cultura en toda la fidelidad de la tradicion, se encuentra allí encerradas en un palacio de fierro y de cristal.

Todos los dias hay en este edificio, conciertos ejecutados por una magnífica orquesta alemana, pero como el lector tendrá deseos de penetrar con nosotros en el interior de él para examinarlo más detenidamente, tendremos un gusto especial en que nos acompañe; entremos pues.

Apénas hemos penetrado en él, cuando se presentan á la vista un número inmenso de salas que es preciso recorrer para conocer todo el edificio.

La sala de los reyes Asirios, que hoy se encuentra convertida en salon de audiencias, tiene 100 piés de largo y 48 de ancho, presenta un aspecto régio y se conserva tal cual existia hace 3,500 años. Síguese á ella un templo lleno de estátuas, de 70 piés de altura, con colgaduras y muchas antigüedades egipcias.

Luego penetramos en la magnífica sala Griega, cuya nave lateral se haya ocupado por las más célebres esculturas del Parthenon.